

que completan a otro volumen concebido y escrito en paralelo al previo, *Los hijos de drago y otros poemas* (1976-1986), donde sonetos, romances y composiciones libres conforman un universo estático, centrado en la intimidad lírica y, en cierto modo evasivo, de significados ambivalentes y levemente sensuales, plagado de recuerdos e invocaciones, o temas recurrentes en su obra como el toreo, el amor, la actualidad y el tiempo.

La recopilación llega, finalmente, hasta el asentamiento definitivo de la democracia parlamentaria en España, donde toman relieve la celebración de la libertad y de la paz, envolviendo sus poemas en un cuadro afectivo como de movimientos rítmicos y pausados. *Golfo de sombras* (1982-1985) y *Canciones para Altair* (1983-1988) constituyen en rigor, el final de la obra lírica albertiana antes de la muerte del poeta. El primero se construye sobre la coartada de un homenaje a los clásicos antiguos y modernos de la poesía española, donde destacan la presencia de la literatura popular (con reminiscencias del erotismo medieval), la de Luis de Góngora y los místicos. Por su parte, *Canciones para Altair* esconde, bajo su estructura netamente amorosa, todo un testamento poético donde cobran importancia símbolos como el cielo, las constelaciones, el mar o la distancia, en un juego de alusiones y elusiones a la muerte. Como colofón, la edición incorpora un conjunto de textos agrupados bajo el rótulo de *Poemas diversos*, en el que se da noticia y se reproducen versos no publicados en sus libros, homenajes y proyectos de poemas que redondean felizmente la recopilación.

La publicación de la poesía completa de Rafael Alberti y la edición ejemplar del libro *Poesía IV* editada por Seix-Barral en su centenario, suponen un acontecimiento para todos aquellos amantes o aficionados a la lectura de buena poesía. La proyección histórica e intelectual del poeta del Puerto de Santa María, su lenguaje versátil y auténtico, y su compromiso con el hombre de su tiempo, han dejado una profunda huella en todas las generaciones, promociones y corrientes estéticas desde los años 20 hasta nuestros días; supone una de las páginas más brillantes de la creación en lengua castellana y reconcilia al lector con la inteligencia, justificando ediciones como ésta.

Pablo Carriedo Castro

Francisco Díaz de Castro, *Hasta mañana, mar* (XXVI Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla), Madrid (Visor) 2005. 84pp.

A modo de prólogo, el poema “Amanece” crea ya un clima que rodeará el discurrir verbal de todo el libro, *Hasta mañana, mar*, obra del profesor de la Universidad de Palma de Mallorca y poeta Francisco Díaz de Castro, natural de Valencia y, por ello y por afinidad poética, muy unido a ese grupo levantino que ha sabido imprimir a la poesía actual un sesgo reflexivo que la ha hecho salir de carriles demasiado transitados (Brines, Gallego, Marzal...). Pues bien, si nos fijamos en ese primer poema, anotaremos algunos rasgos llamativos y extensibles al resto del poemario: la localización temporal (amanecer) y espacial (una playa de la isla); a la aparente descripción objetiva del paisaje, se sobrepone un yo que lo interpreta (“postal perecedera / del tiempo mentiroso en el que fluyo”); se introduce así una materia de reflexión poética esencial: el fluir temporal del yo y, por extensión, del hombre, pero de un yo que algunas expresiones delatan que mira la vida y la piensa desde una edad

Reseñas

cercana a la vejez (“ojos gastados...”); otro motivo aparece en relación con el anterior: la memoria y, asociado a ella, un estado de ánimo impregnado de melancolía; por fin, el motivo último: la mujer, el amor. Todo ello aparece adjetivado negativamente, como si, echando una mirada hacia atrás y constatando el rápido flujo de las horas, el presente y la vida toda fueran sólo engaño, fugaz destello entre sombras: “tiempo mentiroso”, “engañoso noche”, etc. Desde otro punto de vista, los versos -heptasílabos, endecasílabos y alejandrinos- fluyen acompasados con la memoria melancólica: pausadamente, con el sosegado discurrir que imprimen los encabalgamientos suaves en serie.

Toda la primera parte del poemario incide sobre esos dos puntales de la reflexión poética: tiempo y memoria. El sujeto reflexivo no relata hechos, sino que los piensa para constatar su caducidad, su “pasado imperfecto”, ese pasado que pesa como un lastre sobre el presente, de modo que impide ver la belleza en su sencilla pureza, el amor y hasta la muerte en su verdadera realidad; y que deja caer su reflexión sobre la propia memoria y sus extravíos, la que da cuenta de los “días engañosos”, por más que el “instante” aparezca a veces, vanamente, como coartada, es decir, como fingimiento de un presente vivo que pueda paliar la dolorosa realidad de las pérdidas temporales, entre las que se hallan “las ausencias que crecen” y, entre ellas, la más sentida, la de la madre, cuya muerte rememora el poeta en una doliente, sosegada y hermosa elegía (“Legado de la muerte”) en la que a la destrucción de los objetos materiales dejados por la madre opone la salvación, libre de daño, del recuerdo.

En la segunda parte (“Canción apenas”) hay un cambio de ritmo, ritmo de canción, de romance, de seguidilla, en versos más gráciles resueltos en uno de los poemas en un juego retórico de correlación de series de tres términos (“Son palabras”). Parece indudable que el poeta ha querido tocar otras cuerdas en un “juego” en serio, que es como algunos definen la poesía, juego métrico también, con versos de diferente medida y hasta con el soneto, resuelto, por ejemplo, como dos tercetos entre dos cuartetos, inicial y final. Pero el habilidoso artificio métrico no desmiente la preocupación básica del poemario, las “pavesas” de lo vivido, “el día fugitivo”, la “verdad fugaz / instante eterno” de la flor del almendro, la memoria y las pérdidas... Y un motivo que da, frente al tono desengañado general, un tono vitalista a los poemas: el fino erotismo que se desprende de unos muslos o un cuerpo de mujer; es la otra faz del poemario.

La tercera parte (“Caravana”) recupera el tono de serena y melancólica meditación “a punto de vejez”. Tiempo y memoria, pasado recordado desde el presente fugaz. Hay instantes (“Mañana en Cáceres”) que, en su plenitud, parecen borrar la conciencia temporal. Pero son sólo iluminaciones de la “realidad vivaz que no se para” o que se detienen en la ilusión artística de un cuadro o de “Una fotografía” que “salva la nada viva de un instante encantado / cuando aquella mañana ya no existe”. El recuerdo, como bien se aprecia, reaviva imágenes (ilusiones), pero la lucidez se impone para constatar lo perdido, confrontado en muchos poemas con un ahora que siembra la realidad de constataciones nada gratas ni gratificantes. El presente no sólo recuerda, sino que interpreta, se vuelca sobre los hechos recordados para dotarlos de sentido a la luz de un ahora cargado de experiencias, es decir, de tiempo. De ahí que los recuerdos perturben (el lastre al que nos referíamos arriba) la vivencia de

los instantes de plenitud (“Málaga, brindis”); de ahí que los ocasionales instantes de plenitud (sol y mar) acaben socavados por las horas, por las olas de un mar que “va lamiendo la arena y borrado mis pasos” (“Espejos”)

Naturalmente que hay otras cuerdas (léase, por ejemplo, “Volver a Bilbao”), pero las aquí señaladas recorren la malla de un poemario en el que la caducidad temporal se expresa desde una serena meditación (por dentro corre la angustia) vertida en versos de ritmo sosegado y melodioso, acordados con el demorado fluir de la meditación poética en torno al sentido temporal de la existencia, desde un yo que sirve, indudablemente, de paradigma de cada hombre en su imparable discurrir hacia la vejez, cuando “la edad no admite sueños”.

José Enrique Martínez Fernández

María Fernanda Santiago Bolaños, *El jardín de las favoritas olvidadas*, Ourense (Linteo), 2005. 284 pp.

La primera novela de María Fernanda Santiago Bolaños, *El tiempo de las lluvias*, apareció en 1999; la segunda, *Un ángel muerto sobre la hierba*, en 2001; la tercera es *El jardín de las favoritas olvidadas*, que comienza con un “Prólogo para todos y para nadie” y con estas palabras: “Cuando María Salomón tenía treinta años abandonó los hermosos atardeceres de su ciudad y se marchó a la Gran Isla. Allí gozó del aprendizaje de sus sueños y, durante diez años, no se cansó de hacerlo”. Hermoso párrafo, lleno de maravillas: la Gran Isla, el nombre sonoro de María Salomón, y su sugestivo ejercicio de reinventar su vida y la de sus antepasados. Porque la Gran Isla no está lejos, es el rincón que cada uno se fabrica para vivir un tiempo indispensable. Y puede estar aquí mismo o en un pueblo olvidado del mundo, en plena Maragatería; la Gran Isla es ese lugar donde cada uno alimenta los sueños que llenarán su vida en el futuro. Eso es lo que hizo María Salomón: alimentar sus sueños, reconstruir su vida y la que quienes la precedieron, soñarlos, como diría Unamuno. La novela va a ser un largo sueño en el que los fantasmas de la memoria soñadora van a salir a esa particular escena que la novelista ha creado para fascinarnos. Alguien le dirá a la soñadora: “Los pasos de quienes se han ido suenan en la memoria, y los solitarios llevan el estigma del misterio sobre la frente”. Memoria, sueño, estigmas, misterios... No son palabras, sin más. Algunas llenan de penumbras la novela, que la narradora irá iluminando en el momento oportuno, mientras la narración se va cargando de misterio y de poesía.

La novela se desarrolla en dos actos y un intermedio. Un primer acto con siete escenas y un segundo acto con una escena única repartida en trece cuadros. La materia novelesca guarda, pues, una estructura teatral; por otro lado, cada parte es diferente en el modo de narrar y casi pudiéramos decir que en el asunto narrado, si bien todo converge hacia el centro, una palabra con significados simbólicos dentro de la novela. Como marco temporal, más de un siglo, desde 1877 a la última década del siglo XX. Y tres generaciones sucesivas, desde el abuelo Anxo del Rey a la protagonista soñadora y memoriosa, María Salomón.

En el primer acto (pp. 13-79) se trata de manejar los sueños. Tras diez años de aprendizaje, María Salomón procede al ejercicio de convocar los